

LOS AUSTRIAS II

JOSÉ LUIS CORRAL

# LOS AVSTRIAS



**EL TIEMPO EN SUS MANOS**

AMBICIÓN, SEXO, PODER:  
LA GRAN SAGA SOBRE LA FORJA DE UN IMPERIO

 Planeta

José Luis Corral



Los Austrias II.  
El tiempo en sus manos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Luis Corral, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2017

Depósito legal: B. 23.449-2017

ISBN: 978-84-08-17769-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## EL EMPERADOR

*Toledo, 28 de enero de 1519*

Escuchó tres fuertes golpes en la puerta. Titubeante, se acercó a abrirla y, al asomarse, la sangre se le heló en las venas.

—Juan Losantos, date preso —le anunció el oficial de la Inquisición, al que acompañaban cuatro hombres armados, alabardas en mano y espadas desenvainadas.

—¿Quién me requiere?

—La Santa Inquisición. Debes acompañarnos; has sido denunciado por cometer pecado contra natura.

—Puedo recoger...

—No. —El oficial fue tajante y no permitió que Juan siguiera hablando—. Síguenos, ya.

—¿Qué ocurre? —Andrés, el amante de Juan Losantos, salió a la puerta sobresaltado.

—Y tú, gañán, quédate donde estás, o te apresaremos también —lo amenazó el oficial apuntándole con su espada.

—¿A dónde me lleváis? —preguntó Juan angustiado.

—Enseguida lo verás.

—Toma, Juan, abrígate, hace mucho frío. —Andrés le alargó un cobertor de lana con la que se cubría los hombros—. Y no te preocupes, hablaré con tu padre.

El oficial miró con desprecio a Andrés y escupió al suelo.

—Si de mí dependiera, todos vosotros, maricones de mierda, arderíais en la hoguera, pero antes os quitaría las ganas de pecar metiéndoos un buen pedazo de hierro ru-

siente por el culo. Sobre todo a los que os gusta «romper zapatos»; seguro que tú —el oficial inquisidor señaló primero y clavó con fuerza después su dedo índice en el pecho de Juan— eres uno de esos.

—¿«Romper zapatos»? —se sorprendió Andrés.

—¿No sabes qué significa? —el oficial se volvió hacia el amante de Juan Losantos.

—No...

—Pálpate el culo y comprueba si tienes «el zapato roto» —rieron el inquisidor y sus alguaciles.

—Esa expresión se emplea para señalar a quien abusa de niños —le explicó Juan apesadumbrado y triste.

Andrés se mordió los labios.

—Vamos, andando que no tenemos todo el día —añadió el oficial empujando a Juan y apartando de un manotazo a Andrés.

Apenas rayaban las primeras luces del alba sobre el horizonte de Toledo aquella mañana de invierno, en la que unas nubes oscuras amenazaban con dejar caer una copiosa nevada sobre la ciudad.

Escortado por los guardias de la Inquisición, Juan Losantos caminó durante un buen trecho. Las empinadas calles de Toledo estaban casi vacías a esa hora tan temprana, y los rápidos pasos de las botas de cuero de los guardias resonaban sobre las piedras de la calzada como crujidos de fantasmas.

Hacía cien años que los dominicos, los perros de Dios, habían trasladado su convento desde las afueras de Toledo al centro de la ciudad, cerca de la catedral. Dedicado a san Pedro Mártir, el enorme edificio estaba en obras, pues la orden de Santo Domingo pretendía convertirlo en el más grande y fastuoso de cuantos poseía en Castilla.

Juan Losantos fue conducido a una gran sala de paredes de piedra cubierta con una techumbre de madera recién labrada, todavía sin terminar.

—Aguarda aquí. Y vosotros dos, no le quitéis ojo de encima a ese maricón; estos cabrones se escurren como las anguilas —ordenó el oficial a dos de los cuatro guardias.

—¿Puedo sentarme? —demandó Juan Losantos.

—No, no puedes. Sabías eso de «romper zapatos», ¿eh? Apostaría a que has roto algunos. ¿O quizá te los rompieron a ti? —El oficial sonrió malicioso; sus dientes, agudos como los de una hiena, se dejaron atisbar entre sus labios.

—Jamás he forzado voluntad alguna —asentó Juan.

—Que permanezca de pie hasta que lo vea el juez —ordenó el oficial a los guardias; se acercó a uno de ellos, le dijo algo al oído y salió de la sala acompañado de los otros dos.

Solo entonces Juan Losantos comenzó a sentir un frío glacial que le helaba los huesos; apenas había salido de casa vestido con un camisón de noche, unas babuchas de cuero y el cobertor que le había entregado Andrés, poca ropa para combatir el intenso frío de aquella madrugada invernal.

Tuvo miedo, mucho miedo; la severa amenaza del oficial que lo había detenido no parecía en vano. Aquel tipo hablaba con ira, y su actitud no presagiaba nada bueno. Tras un buen rato de pie en medio de aquella desanglada sala, se resignó al fin. Y esperó, esperó, esperó...

*Lérida, 28 de enero de 1519*

Se sabía emperador..., ¡el emperador!

Carlos de Austria había recibido días atrás, justo unas horas antes de dejar Zaragoza, la noticia de la muerte de su abuelo, el emperador Maximiliano. El séquito real se puso en marcha y atravesó el amplio desierto de los Monegros, una árida y reseca extensión de páramos vacíos y va-

guadas solitarias que se extendía a lo largo de un centenar de millas desde las mismas puertas de Zaragoza hasta el curso del río Cinca.

Hacía cinco días que había salido de Zaragoza, y durante todo el camino no había dejado de pensar en el Imperio. Aquel joven muchacho asustadizo e inexperto que había llegado desde Flandes a Castilla dos años atrás, sin siquiera hablar la lengua de sus nuevos súbditos, sin conocer sus costumbres y sin saber de sus gustos, estaba a punto de convertirse a sus casi diecinueve años en el hombre más poderoso del mundo.

Esa mañana había comido en Fraga, la última villa del reino de Aragón, y había pisado tierras de Cataluña a mediodía. A las dos de la tarde entró en Lérida por la puerta de San Antonio. El concejo de la ciudad le había preparado una solemne recepción; allí estaban presentes sus cincuenta miembros, el canciller mayor y el obispo de Tortosa. El rey subió a un tablado levantado al efecto y se sentó en un sillón de madera. A su lado, siempre atento a cualquier detalle, se situó Guillermo de Croy, señor de Chièvres, su principal asesor, que ejercía como camarero real.

—Alteza —el decano de los cuatro *paers* o consejeros que formaban el consejo de gobierno de la ciudad se dirigió al rey en nombre de todo el concejo—, la Paería de Lérida os da la bienvenida a esta vuestra ciudad y, en su nombre, os solicita que confirméis los privilegios, libertades y costumbres de las que viene gozando desde que los concedieran vuestros ilustres antepasados los reyes de Aragón y condes de Barcelona.

Carlos, que apenas entendió la lengua en la que le hablaba el *paer en cap*, aceptó con una indicación de su mano. Entonces, el notario y escribano de la ciudad leyó una fórmula ritual, le presentó el documento con la confirmación de los privilegios, previamente acordada con los oficiales reales, y Carlos de Austria puso su firma al pie del escrito.

—Apruebo, ratifico y confirmo vuestros privilegios y libertades —se limitó a proclamar el rey leyendo esta fórmula escrita en catalán en un papel, lo que provocó los vítores de los dos centenares de personas allí congregadas.

El rey descendió del tablado, subió a su caballo, que sujetaba un palafrenero, y, tal como indicó el escribano, se colocó bajo un enorme palio que portaban los cuatro *paers*, varios caballeros y algunos ciudadanos principales. La comitiva recorrió la calle del Hospital, Mayor y de la Zapatería, hasta llegar a la plaza de la catedral, donde el rey se apeó del caballo y adoró y besó la santa cruz que le ofreció el obispo.

Ya en la rica casa de mosén Pou, en la plaza de San Juan, donde se había preparado el alojamiento del monarca, Carlos de Austria se relajó. Allí lo esperaban su hermana Leonor, su abuelastra y amante la reina Germana de Foix y la hijita de ambos, nacida unos meses atrás en Zaragoza.

—Mi señora —se dirigió Carlos a Germana—, vuestra alta condición y dignidad merecen todo el decoro. He pensado, contando con vuestra real gracia, que caséis con don Juan, marqués de Brandeburgo y miembro de mi séquito personal. Quiero además que permanezcáis a mi lado en la corte y que no os falte ninguna atención, ni tampoco a vuestra hijita —Carlos seguía sin querer reconocer a Isabel, la hija que había tenido con Germana, como propia—. He reservado para vos un alto oficio, y vuestro nuevo esposo será además nombrado capitán general del ejército.

Carlos dejaba claro que Germana constituía una pieza más en su futura política imperial, pues el marqués de Brandeburgo era hermano del príncipe y duque de Brandeburgo, uno de los siete electores que en unos meses dirimirían quién iba a ser el próximo emperador de Alemania.



—Mi señor —habló Germana—, me hacéis un gran honor, pero nuestra hija la infanta Isabel...

—Isabel dispondrá de todos los cuidados y toda la despena que requiere la hija de una reina —la cortó tajante Carlos—. Confío en vos. Quizá os nombre virreina y gobernadora de Valencia. Hace unas semanas, antes de partir de Zaragoza, tuve que cesar a ese incompetente de don Pedro Maza, que no supo acabar a tiempo con los disturbios que se han producido en Orihuela y Murcia. Vos sabríais bien qué hacer, no en vano habéis tenido al mejor maestro del mundo en el arte del buen gobierno: mi abuelo el rey don Fernando.

Por si todavía Germana de Foix albergaba alguna esperanza en recobrar los favores de Carlos y volver algún día a su cama, aquella decisión de casarla con un noble de su séquito dejaba claro que el joven rey había decidido cortar de raíz sus amores con la reina viuda y acabar así con los chascarrillos que corrían por todos sus reinos, en los que se tildaba esa relación, que había durado dos años, de incestuosa y llena de pecado.

—Vos engendrasteis en mí el hijo que no le pude dar a vuestro abuelo, mi esposo el rey don Fernando. Haré lo que vos dispongáis, mi señor.

—Os aprecio mucho, doña Germana, y por eso es mi deseo que me acompañéis, al menos hasta que sea coronado emperador. ¡Ea!, no se hable más, y vayamos a cenar, que con tanto desfile se me ha despertado un hambre feroz. Y que no falte cerveza.

*Lérida, 29 de enero de 1519*

Pedro Losantos era médico del rey. Nacido judío pero convertido al cristianismo, era miembro de una antigua dinastía de médicos de Toledo y durante muchos años ha-

bía estado al servicio de los Reyes Católicos. En los últimos años del rey Fernando había permanecido a su lado como fiel consejero y le había sido muy útil en las situaciones más comprometidas. Su cercanía al Católico lo había llevado a conocer secretos que lo convertían en un personaje importante.

A pesar de que se comportaba como un cristiano y cumplía con todos los mandamientos y preceptos de la Iglesia, su pasado judío concitaba entre sus enemigos cierto rechazo y una animadversión que él había sorteado gracias a su cercanía al rey. Pero una vez muerto Fernando de Aragón, el converso se mantenía en la corte gracias a la amistad de su esposa con Germana de Foix, la reina viuda, que la había nombrado dama de compañía y a su hija María la había convertido en su principal confidente.

Con el matrimonio Losantos, y gracias a la mediación de Adriano de Utrecht, el gran consejero y preceptor de Carlos de Austria, viajaban sus hijos Pablo, casado con Leonor de Urrea, descendiente de una familia de nobles aragoneses venidos a menos, y María, viuda del infanzón Lope de Valdivieso, que había muerto pocos años atrás luchando como soldado de fortuna en las guerras de Italia.

Los cinco miembros de la familia Losantos se habían hospedado en Lérida en la posada del Gato, muy cerca del palacio donde se alojaba Carlos.

—He hablado con don Adriano y me ha asegurado que pronto serás médico del rey. Eres uno de los mejores de estos reinos; has estudiado en Salerno y conoces las depuradas técnicas de los médicos árabes que solo allí se conocen. Nadie más preparado que tú para cuidar de la salud de nuestro señor —le comentó Pedro Losantos a su hijo mientras preparaban sus sacos de viaje para reiniciar camino hacia Barcelona, a donde se dirigía la comitiva real.

—Te lo agradezco, padre, pero ya sabes que hubiera

preferido instalarme en Toledo, en Zaragoza o en Valladolid...

Pablo Losantos tenía treinta y cinco años; hacía cinco que se había casado con Leonor de Urrea, hija de un noble aragonés. Era un hombre íntegro que entendía la práctica de la Medicina como una ciencia para sanar cuerpos, pero también como una actividad para cultivar almas y hacer mejores a los seres humanos.

—Ser médico del rey es un privilegio y, aunque conlleva ciertos sacrificios y molestias como los de estar siempre de un lado para otro, en nuestro caso constituye una garantía de seguridad. Aunque tú no estás circuncidado, pues naciste cuando tu madre y yo mismo acabábamos de convertirnos al cristianismo y te bautizamos de inmediato, no dejas de ser miembro de un linaje de judíos conversos, y desde que los Reyes Católicos decretaron la expulsión, hace ya casi treinta años, la Inquisición no deja de rondar y de controlar a todos los que considera que pueden ser relapsos y judaizantes, a los que tilda de herejes y trata como tales.

—Me has hablado de ello muchas veces, pero en esta casa nunca he visto practicar ceremonias ni ritos judíos. Los inquisidores no nos pueden acusar de nada —asentó Pablo.

—Al Santo Oficio no le importa que seas inocente. Basta una denuncia, aunque sea falsa y anónima, para que inicie una pesquisa y someta al denunciado a cárcel e incluso a torturas. Si eres acusado, aun injustamente y sin prueba alguna, la Inquisición te considera, en principio, culpable.

—¿Sin pruebas?

—Sin indicios siquiera. Esos perros de Dios andan por ahí ansiosos por morder a una de sus incautas víctimas sin tener en cuenta para nada si en verdad se trata de un hereje o de un judaizante, o, sencillamente, de una vengan-

za. Los inquisidores padecen de una verdadera obsesión por encontrar herejes en cualquier parte, y qué mejores candidatos que los que en el pasado fuimos judíos.

»El Santo Oficio está infiltrado en todas partes, tiene espías y agentes en todos los sitios. Desde que los Reyes Católicos fundaran esta institución, son ya cientos de personas las que han sufrido sus perversos métodos. Sus principales objetivos somos los judíos conversos y, luego, los moros, quienes todavía, aunque no creo que por mucho tiempo, pueden practicar su religión aquí, en la Corona de Aragón, si bien ya no en la de Castilla. Pero también lo son todos aquellos sospechosos de profesar herejías, y te aseguro que la lista de nombres que manejan los inquisidores es muy larga y está repleta de causas por las que acusarlos. Cualquiera puede ser tildado de hereje si uno solo de esos perros de Dios se lo propone.

—Hemos acabado —dijo Pablo tras colocar los sacos de viaje junto a la puerta.

—Entonces bajemos a cenar; las mujeres llegarán enseñada.

Juana de la Cruz y María Losantos acababan de visitar a Germana de Foix. La reina viuda estaba triste porque una vez más Carlos de Austria, a pesar de que había sido su amante desde que este llegara de Flandes para convertirse en rey de Castilla y Aragón, se había negado a reconocer como propia a Isabel, la hija de ambos, nacida de sus amoríos unos meses atrás en el palacio de la Aljafería de Zaragoza.

—La reina se siente muy desconsolada. Don Carlos jamás reconocerá a Isabel como hija propia, y eso significa que esa niña nunca tendrá un padre y que doña Germana podrá ser tachada de ramera —comentó Juana a su hija María.

Habían preparado un jarabe mezclando una destilación de mejorana con hierbabuena y esencia de aloe para aliviar los dolores de estómago que la reina viuda arrastraba desde hacía unos días. Juana de la Cruz conocía las propiedades de muchas hierbas, no en vano procedía de una familia de judíos de las montañas de Alcoy, al sur del reino de Valencia, en la cual todas las mujeres habían ejercido desde hacía siglos como expertas curanderas, y le había transmitido todos esos conocimientos a su hija.

Desde muy niña, María había demostrado una especial sensibilidad a la hora de captar, mediante sensaciones cuyo origen no podía explicar, el estado de ánimo de las personas a las que tocaba. A veces tenía presentimientos, sobre todo cuando entraba en contacto con alguien, y entonces sentía extraños presagios. Su madre, a la que le había confiado esta especie de corazonadas, le decía que se trataba de un don especial que muy pocos poseían.

—Don Carlos no puede reconocer a doña Isabel como hija. ¡Cómo va a hacerlo! ¡El padre de la hija de su abuelastra! ¡La esposa del Católico, madre de una hija de su propio nieto! Sería un gigantesco escándalo —comentó María de regreso a la posada del Gato.

—En la corte todos saben que don Carlos es el padre de esa niña. ¿Recuerdas aquellos días en Valladolid? La gente se agolpaba cada día a primera hora de la tarde a las puertas del palacio donde residía doña Germana para ver la llegada del rey; y luego, cuando don Carlos ordenó construir aquel pasadizo elevado para evitar semejante espectáculo, se apostaban debajo de la pasarela en absoluto silencio para escuchar los pasos de don Carlos camino de la alcoba de doña Germana —recordó Juana.

—Sí, así fue, madre, pero nadie se atreverá a proclamar la paternidad de don Carlos si este no la admite. Y nunca la admitirá, nunca.

—Podría hacerlo. Don Carlos no tiene esposa todavía, aunque siendo un muchacho le adjudicaron varias novias.

—¿Qué mujer, y menos aún siendo de familia real, aceptaría casarse con el príncipe que ha sido capaz de dejar embarazada a su propia abuela?

—Abuelastra —precisó Juana.

—Abuela, sí, abuelastra, ¡qué más da! Lo siento mucho por doña Germana, porque la aprecio de verdad y sé la situación de angustia por la que está pasando, pero debe hacerse cargo enseguida de que su hija nunca tendrá un padre que la reconozca.

—Hace un par de días me confesó que el rey va a casarla con un noble de su séquito: el marqués de Brandeburgo —añadió Juana.

—¡Ah!, ese hombre...

—Es una buena solución para que la reina no permanezca en entredicho. Con esa boda, la pequeña Isabel tendrá un padre y doña Germana un esposo. Así se solucionan estos enredos en la corte.

Leonor de Urrea estaba embarazada de varios meses. A sus treinta y tres años había llegado a creer que era estéril, pero en su interior latía al fin el pequeño corazón del que iba a ser su primer hijo con Pablo Losantos.

La dama aragonesa estaba sentada a una mesa de la posada del Gato junto a su esposo y su suegro, Pedro, esperando a que llegaran Juana y María, que habían ido a visitar a la reina viuda, para cenar.

—Esta tarde he tenido un mareo y vómitos —le comentó Leonor a su esposo.

—Es lo normal en una embarazada —respondió Pablo.

—¿Crees que nacerá... bien?

—Haré todo lo posible para que así sea.

—Ya no soy una jovencita.

—No eres la única mujer que va a parir su primer hijo a esta edad.

—Pero a mis años algunas ya han tenido una docena de partos.

—Las mujeres sois fértiles hasta que dejáis de menstruar, y eso no ocurre hasta pasados los cuarenta años. No solo tendremos este hijo, sino algunos más.

—Durante estos años que hemos estado casados creí que no podría darte hijos, y esa idea me atormentaba porque sé que anhelas tenerlos. Pero ahora soy feliz.

Leonor de Urrea cogió la mano de su esposo y se la acercó hasta colocarla sobre su vientre.

—Lo llamaremos Alonso, como tu padre.

—Yo había pensado en Pedro, como el tuyo —dijo Leonor mirando a su suegro, Pedro Losantos, que dibujó una sutil sonrisa.

—No, ya he hablado con mi padre y está de acuerdo en que el nombre de su primer nieto sea Alonso.

—Lo estoy, lo estoy —asintió Pedro.

—Entonces, así será.

En ese momento entraron Juana y María en la posada.

—¡Ya era hora! El guiso de carnero con cebollas que ha preparado el mesonero está a punto de enfriarse —protestó Pedro Losantos ante la tardanza de su esposa y de su hija.

—Nos hemos retrasado porque hemos tenido que preparar un jarabe para el dolor de vientre de la reina; no se encuentra bien —se excusó Juana.

—Esa mujer está comiendo demasiado —añadió María.

—Escuchad: Pablo va a ser médico del rey. Me lo ha asegurado don Adriano —anunció Pedro.

—Acepta ese puesto, hijo —intervino Juana de la Cruz.

—¿Tú qué dices, esposa? —le preguntó entonces Pablo a Leonor de Urrea.

—Nuestro hijo nacerá muy pronto —Leonor se acarició el vientre, que denotaba su avanzado estado de gestación—. Te conozco bien, sé que decidirás lo mejor para tu familia.

—Serás médico de un emperador y no por ello tendrás que renunciar a todo cuanto crees —añadió Pedro Losantos—. Desde que mi padre, tu abuelo Mosés —Pedro Losantos nombró a su progenitor por su nombre judío—, se convirtiera al cristianismo, y con él toda nuestra familia, los Losantos hemos estado al lado de los reyes y no nos ha ido mal. Han pasado ya muchos años desde que nos hicimos cristianos, pues o nos bautizábamos o tomábamos el camino del exilio. Muchos de los nuestros se marcharon para mantener su antigua religión, pero nosotros decidimos renunciar a nuestra vieja fe para conservar nuestra forma de vida, aunque pese a ello sigue habiendo quien nos contempla como enemigos de estos reinos y nos tacha de traidores sin aportar la menor prueba de tan gravísimas acusaciones. No podemos caer en el error de dar pábulo a esas maledicencias.

—¿Qué temes? —le preguntó Pablo a su padre.

—Que los enemigos que todavía tenemos en la corte, ya que no han podido conmigo, intenten hacerte daño a ti. —Pedro Losantos ignoraba que en esos momentos varios miembros del Consejo real estaban maquinando graves acusaciones contra él.

—Tendré cuidado.

—Obra como tu conciencia te dicte, hijo. Lo que decidas estará bien —añadió Juana de la Cruz, que extendió su brazo y acarició el rostro de su primogénito.

—Seguro que aciertas, hermano —terció María Losantos, que hasta entonces había permanecido callada en la conversación de sus padres con su hermano mayor.



Los Losantos estaban dando buena cuenta de la cena cuando un criado entró en la posada, miró en derredor y localizó a Pedro. Se acercó respetuoso, con el sombrero en la mano, le entregó al médico converso un papel doblado y sellado con lacre rojo, y sin decir palabra salió de la fonda como alma que lleva el diablo.

Pedro Losantos ni siquiera tuvo la oportunidad de preguntarle por el motivo de aquella entrega. Tomó la misiva y supuso que sería alguna orden del rey Carlos o de la reina viuda Germana para que se presentara de inmediato ante alguno de ellos, tal vez por una indigestión o un empacho, pues desde que abandonaran sus relaciones amorosas, unos meses atrás, ambos comían y bebían en exceso, sobre todo Germana, que suplía la ausencia del rey en su cama ingiriendo, tal vez como forma de consuelo, enormes cantidades de comida.

Despreocupado, Pedro miró aquel papel, que no tenía ninguna indicación en el exterior, rompió el lacre, que carecía de identificación impresa, lo desplegó y leyó el contenido: apenas dos líneas escritas con mano firme y tinta negra y brillante como ala de cuervo.

Su faz demudó de repente y su aspecto hasta entonces relajado tornó en un gesto de desasosiego preocupante. Tembloroso, dejó caer el papel encima de la mesa. Su rostro mostraba una expresión temerosa.

—¿Qué ocurre, padre? Parece como si hubieras visto pasar ante tus ojos al espectro de la muerte —dijo Pablo al contemplar el rictus de angustia de Pedro Losantos.

Juana de la Cruz cogió el papel y lo leyó para sí. Cerró los ojos, suspiró con profundidad, lo estrujó entre sus manos y se lo aplastó contra el pecho.

En efecto, era el espectro de la muerte, pensó Juana.

Los cinco miembros de la familia se sumieron en un sepulcral silencio.

*Toledo, 31 de enero de 1519*

—Vamos, levanta, gandul —el carcelero despertó y zaran-deó a Juan Losantos, que llevaba tres días preso en una gé-lida celda del convento de dominicos de Toledo.

—¿Qué ocurre...? —balbució todavía medio dormido, con los miembros entumecidos por el frío y la humedad de la prisión.

—Que quedas libre... de momento. Debes de tener al-guien muy poderoso de tu parte; no es frecuente salir de un modo tan fácil una vez se ha entrado en una prisión del Santo Oficio.

Juan Losantos se incorporó de su sucio catre y salió de la celda. En la puerta del convento dominico lo esperaba Andrés.

—¡Juan, Juan! ¡Oh!, gracias a Dios, pensé que no te soltarían tan pronto.

—¿Qué ha pasado?

—Cuando se te llevaron esos lacayos del Santo Oficio corrí a casa de tus tíos para contarles lo sucedido. Don Felipe se presentó de inmediato ante el inquisidor para protestar por tu detención y ha conseguido que te dejen libre.

—¿Cómo lo ha logrado?

—Alegando que tu padre y tu hermano son médicos del rey y consejeros en la corte. En cuanto ese oficial ha comprobado que era cierto, supongo que ha tenido mie-do a posibles consecuencias y te ha dejado libre.

—¿Y a ti, te han hecho algo? ¿Estás bien?

—Bueno, me han dado algunos empujones, me han in-sultado, ya sabes, «sodomita», «maricón», «cabrón», «rom-peculos» y ese tipo de agravios, y me han prometido que me meterán un hierro rusiente por el ano, pero nada más.

—Vamos a casa de mis tíos, quiero agradecerle a Felipe su mediación.

Felipe Rubio, casado con Raquel, era hermano de María Rubio, esposa de Pablo Losantos, padre de Pedro y abuelo de Pablo, María y Juan. A punto de cumplir ochenta años, también había sido objeto de alguna pesquisa de la Inquisición, que nunca confió del todo en la sincera conversión al cristianismo de quien cuando todavía era judío se hacía llamar Salomón. Dueño del principal taller de orfebrería de Toledo, había criado desde muy niño a su sobrino nieto Juan Losantos como a su propio hijo.

—¡Hijo! —Felipe y Raquel se abrazaron a Juan entre sollozos. La pareja de ancianos conversos no había tenido hijos, y Juan era para ellos la principal razón para seguir viviendo.

—¿Estás bien?, ¿te han torturado esos canallas? —le preguntó Felipe.

—Bueno, algún golpe sí he recibido, pero sin mayor importancia. Os agradezco cuanto habéis hecho por mí, pero me temo que los inquisidores os vigilarán ahora más de cerca —dijo Juan.

—No te preocupes por nosotros. Yo soy el hombre más viejo de Toledo, supongo, y quizá incluso del mundo; me queda muy poco tiempo de vida. Lo importante es que tú estés bien.

—Ahora volved a vuestra casa —intervino Raquel—, tenéis que dar la sensación de que no ha pasado nada.

—Gracias, os debo mucho —añadió Juan, que besó a sus ancianos tíos antes de despedirse y salir con su amante de regreso a su casa.

Por el camino, Andrés le confesó a Juan que lo había pasado muy mal, y le dio un consejo.

—Deberías escribir una carta a tu padre relatándole lo que ha ocurrido.

—No. Se preocupará en exceso y sé lo que es capaz de hacer.

—Tengo miedo; pensé que podría perderte, que nunca más volvería a verte. Estaba desesperado.

Cuando llegaron a casa, los dos amantes se abrazaron con toda intensidad y se besaron. Aquella noche se entregaron el uno al otro como nunca antes lo habían hecho y se amaron hasta el amanecer. La rosada aurora invernal los sorprendió abrazados, felices y sonrientes como recién enamorados.

—Llegué a pensar que estos momentos nunca se repetirían; casi me vuelvo loco —dijo Andrés.

—Habrá muchos momentos más como este. Muchos más —musitó Juan al oído de su amante mientras le besaba el lóbulo de la oreja y enrollaba entre los dedos un mechón de su cabello rizado.

### *Abadía de Montserrat, principios de febrero de 1519*

La ascensión a la montaña sagrada de Montserrat fue más penosa y dura de lo que esperaban algunos de los miembros del séquito real, pero Carlos sabía que para ser reconocido como soberano en Barcelona tenía que acudir a rezar a ese santuario, que se había convertido en el lugar más sagrado de todo el principado de Cataluña.

Al abrigo de unos enormes farallones rocosos, que se asemejaban a los dientes romos o a los dedos de un gigante según el lado desde el que se contemplaran, el monasterio de Montserrat colgaba sobre un precipicio a cuyos pies se extendían, hasta más allá de donde la vista podía alcanzar, las onduladas y fértiles tierras de Cataluña Nueva.

Territorio donde convivían señores feudales, monasterios poderosos y concejos de hombres libres, los viejos condados catalanes que resistieron al islam al sur de los Pirineos, a los que se habían sumado más tarde por decisión de los reyes de Aragón los marquesados de Lérida y

Tortosa, formaban un heterogéneo conglomerado en el que regían diversos sistemas de gobierno, aunque regulados por las costumbres de Barcelona y las normas emanadas de las Cortes catalanas.

El abad de Montserrat, acompañado por todos los monjes del cenobio, recibió al rey Carlos en la entrada del recinto del monasterio benedictino.

—Alteza, os damos la bienvenida a esta santa casa de oración y os ofrecemos nuestra hospitalidad y nuestra lealtad —manifestó el abad.

—Os lo agradecemos de corazón, mi señor abad —contestó Carlos.

—Esta abadía, que guarda la sagrada imagen de la Virgen Negra, os recibe con alborozo, señor. Los monjes de Montserrat siempre han sido fieles servidores de nuestros reyes y compañeros de sus hazañas. ¿Sabíais, alteza, que un monje de nuestra congregación acompañó al almirante don Cristóbal Colón en uno de sus viajes a América?

—No, desconocía ese hecho. Todavía tengo mucho que aprender sobre mis dominios en las Españas —comentó Carlos.

—Pues así fue. Nuestro hermano Bernat Boïl fue uno de los primeros en llevar el mensaje de la cruz y del Evangelio al Nuevo Mundo.

—Un gran mérito de este monasterio; os felicito por ello.

—Os hemos preparado los mejores aposentos de esta santa casa, alteza. No es un palacio, pero los monjes de esta abadía hemos hecho voto de pobreza y lo cumplimos.

—Me acompañan mi hermana doña Leonor y la reina doña Germana, esposa de don Fernando, mi abuelo aragonés.

—Ya estábamos avisados de ello por vuestro mensajero, alteza. Acogemos a tan altas damas con el honor que merecen. Vuestro abuelo don Fernando hizo mucho bien

a esta abadía. Hace veinte años pasamos por un momento tan delicado que estuvimos a punto de desaparecer como congregación. Por fortuna, vuestro abuelo, el recordado rey Católico, nos ayudó enviando a Montserrat a catorce monjes del monasterio benedictino de Valladolid. Gracias a la generosidad de don Fernando y a esos monjes castellanos se pudo salvar este cenobio. Desde entonces dependemos de nuestra casa madre en Castilla.

»Sed también bienvenidas, mis señoras —saludó el abad a las damas, que se habían situado un par de pasos detrás de Carlos—. Pero pasad, pasad, os hemos preparado una humilde pero reconfortante comida. Supongo que estaréis hambrientos tras la ascensión.

—No sabéis cuánto —comentó Carlos.

La comitiva real permaneció dos días en Montserrat. Tras descansar la primera noche del sábado, el rey se levantó temprano. Su secretario ya le había preparado para la firma cinco cartas dirigidas al papa y a varios cardenales de la curia romana en las que les anunciaba sus planes tras la muerte de su abuelo, el emperador, entre otros asuntos menores. Carlos dejaba claro que el Imperio le pertenecía y que no iba a consentir que nadie le disputara aquella herencia.

—Mi señor —le comentó el secretario—, vuestros súbditos os ruegan que aceptéis el título de rey de Romanos y el de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

—Sea —se limitó a decir Carlos.

—Y, además, debéis firmar la autorización para el viaje de don Fernando de Magallanes.

—Ese portugués...

—Todavía no sé cómo Magallanes pudo convencer a vuestra alteza para poner en marcha semejante aventura. ¡La vuelta al mundo! Solo a un loco se le ocurre idea como

esa. Solo a un loco —comentó Mercurino de Gattinara, canciller real y hombre de gran influencia en la corte de Carlos de Austria.

—El mundo es más grande gracias a locos como Magallanes, don Mercurino, no lo olvidéis —dijo Carlos.

—Perdonad, mi señor, yo...

—Si el almirante don Cristóbal Colón no hubiera soñado con una locura similar y mis abuelos no hubieran creído en ella y no la hubieran apoyado, Castilla no sería ahora la dueña de medio mundo. ¿No es cierto?

—Lo es, alteza, lo es.

—Bien, en ese caso, señor canciller, no desestiméis nunca una idea, por absurda que pueda pareceros.

—No lo haré, señor, no lo haré.

—Dadme esa orden, secretario, la firmaré enseguida. Y vos, canciller, conminad a Magallanes para que acelere los preparativos de su viaje antes de que el rey de Portugal vuelva a entrometerse en nuestro camino y ponga en peligro esta empresa. Nuestros barcos deben ser los primeros en dar la vuelta al mundo. Los primeros.

—Sí, mi señor.

El lunes amaneció espléndido. Hacía frío, pero un sol radiante brillaba sobre la montaña de Montserrat como el símbolo de fuego de un dios pagano sobre un immaculado fondo azul.

Carlos de Austria y el abad paseaban por la explanada del monasterio a la vista de las montañas nevadas que se alzaban al norte como lejanos guardianes o amenazadores gigantes, quién sabe.

—Alteza, a esta abadía han llegado rumores sobre dos graves amenazas para la cristiandad.

—Explicadme, ¿a qué amenazas os referís?

—Una es la de ese predicador alemán, Lutero dicen

que se llama, que al parecer se ha rebelado contra nuestra Santa Madre Iglesia y pretende acabar con la autoridad del papa. Y la segunda, los turcos, de los que algunos mercaderes que acuden a esta abadía cuentan que en sus rafias pueden llegar incluso a las costas de Cataluña y saquear nuestros puertos y ciudades.

—Sí, las dos amenazas son ciertas, señor abad, pero con la ayuda de Dios las afrontaremos con firmeza. Os ruego que recéis por ello y nos tengáis presente en vuestras oraciones. Por lo que respecta a Lutero, he ordenado a mis agentes en Alemania que se ocupen de ese fraile agustino que ha revuelto y confundido con sus proclamas insensatas a un buen número de clérigos alemanes; y en cuanto a los turcos, me ocuparé de ellos cuando los electores me proclamen emperador de Alemania de pleno derecho.

—Corre por ahí una historia en la que se recoge que vuestra alteza es el monarca que acabará con el dominio de los sarracenos en Tierra Santa y que recuperará Jerusalén y el Santo Sepulcro para la cristiandad —se persignó el abad.

—Sí, eso se cuenta. Pero también se decía lo mismo de mi abuelo el rey Fernando el Católico. Y ya veis, murió sin poner siquiera sus pies en Jerusalén. A veces las profecías no se cumplen.

—En vuestro caso, intuyo que sí —comentó el abad.

—Hace falta mucho más que una profecía para derrotar a los turcos. Su imperio es rico, poseen un numeroso y bien pertrechado ejército y están construyendo una poderosa flota en los astilleros de Constantinopla. Será difícil doblegarlos. Además, me temo que no toda la cristiandad está unida en este asunto.

—¡Cómo puede ser! —se escandalizó el abad.

—Francia, Venecia y Génova tienen sus propios intereses, y en ellos los turcos pueden jugar un papel de aliados.



No me extrañaría que cualquiera de esas naciones firmara un pacto con el sultán otomano.

—¡Pero son cristianos, y los turcos unos infieles hijos de Satanás! —El abad volvió a persignarse, ahora por dos veces.

—El dinero, que casi todo lo puede, no entiende de asuntos de fe.

—Vos sois el soberano más poderoso del mundo. Dios ha puesto toda esa fuerza en vuestras manos.

—Y a Él me encomiendo siempre, pero mis reinos y Estados no son uniformes. Cada uno tiene sus propias leyes, sus costumbres peculiares, su genuino sistema de gobierno y sus instituciones privativas. En mis dominios se hablan varias lenguas diferentes y no siempre comparten empresas ni intereses comunes.

—Vuestro papel como monarca de todos ellos es hacer que se pongan de acuerdo en defender la cristiandad. Nada hay más sagrado ni más noble que ese empeño.

—En eso estoy, señor abad, en eso estoy —dijo Carlos, que calló de pronto, meditabundo, y fijó su vista en el lejano horizonte, más allá de las cumbres nevadas del septentrión.

El joven muchacho que un día jugara con hermosos trineos de colores sobre las aguas heladas de los canales de Gante, soñando con ser un gran rey, se había convertido en el dueño de medio mundo, pero en lo alto de la montaña sagrada de los catalanes no estaba seguro de poder soportar el enorme peso de la púrpura sobre sus hombros.

Los miembros de la comitiva real estaban listos para partir de Montserrat y cubrir las últimas etapas del camino antes de avistar los muros de Barcelona. Acababan de comer y aguardaban pacientes la orden del rey para iniciar el descenso de la montaña sacra. Aquella noche dormirían todos en Molins, salvo un par de jinetes, que salieron muy

temprano esa misma mañana hacia Barcelona con instrucciones del rey para que cuando llegara a esa ciudad, una semana más tarde, no le dedicaran una recepción ni mejor ni peor que al resto de los reyes de Aragón, sino que se comportaran igual que habían hecho con sus antecesores, su abuelo el rey Fernando y su bisabuelo el rey Juan.

La familia Losantos se había acomodado en una de las carretas en espera de recibir la orden de partir. Pablo había procurado que Leonor de Urrea viajara con la mayor comodidad posible, pues su estado de embarazo así lo requería.

Un jinete se acercó al galope hasta su carromato.

—Don Pablo, la reina doña Germana demanda vuestra presencia inmediata. Acompañadme —le indicó.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé. Vamos, seguidme; es urgente.

La reina viuda Germana todavía estaba dentro del monasterio, en la misma estancia donde había pasado aquellos días sin apenas moverse.

—¡Don Pablo, mirad, mirad! ¿Qué me pasa? —le preguntó la reina viuda asustada, a la vez que le mostraba las piernas desnudas por debajo de las rodillas. Pese a que la francesa llevaba más de doce años viviendo en los reinos de Castilla y de Aragón, todavía conservaba un marcado acento de su idioma materno.

—¿Me permitís, señora?

Pablo se agachó ante Germana y palpó sus tobillos, que estaban muy hinchados.

—Me he levantado con un fuerte picor en las piernas —se quejó la reina.

—¿Por qué no me habéis llamado antes?

—No creí que fuera nada importante, apenas unos picores, pero esta mañana se me han empezado a hinchar las piernas, y ya veis, don Pablo...

—Coméis demasiado, señora, y ya os he aconsejado en

varias ocasiones que eso no os conviene. Además, hace pocos meses que habéis dado a luz a vuestra hijita, y debéis cuidaros más. Hacedme caso, y esto no os volverá a ocurrir.

—¿Tenéis algún remedio para esta hinchazón? —le preguntó Germana.

—Haré que os apliquen unos masajes con una infusión de mejorana y abrótano. Seguro que tienen esas hierbas en la botica de esta abadía; pero insisto en que disminuyáis la cantidad de alimentos, al menos a la mitad, mi señora, o esta hinchazón irá a más. ¡Ah!, y dad largos paseos a pie, una hora cada día.

—Os obedeceré, Losantos.

El médico se inclinó ante la reina viuda y se retiró para preparar la infusión, aunque sabía que aquella mujer no iba a hacer caso de sus consejos.

*Barcelona, 15 de febrero de 1519*

La ciudad se presentó a la vista de la comitiva real como un rubí en medio de una enorme esmeralda. Pese a que todavía era invierno, la luz del cielo azul y el aire templado que llegaba del mar Mediterráneo anunciaban una incipiente primavera.

Habían pasado cinco días en Molins, retrasando su llegada a Barcelona por los dolores en las piernas de la reina Germana y porque el rey quería despachar unos asuntos de Estado antes de entrar en esa ciudad, donde los delegados de las Cortes catalanas lo aguardaban para prestarle juramento de lealtad y acatamiento, como era costumbre con todos los soberanos que ostentaban los títulos de rey de Aragón y conde de Barcelona desde los tiempos de Alfonso el Trovador, el primero que desde su nacimiento heredó ambos títulos de sus progenitores, el real de Aragón por parte de su madre la reina Petronila, y el condal

de Barcelona por parte de su padre el conde Ramón Berenguer, el cuarto de ese nombre.

Habían pasado la noche anterior en el monasterio de Valdoncella, donde se ultimaron los preparativos para la entrada triunfal de Carlos en Barcelona.

—Don Carlos es el primer soberano de la Corona de Aragón que no ha nacido en estos reinos —comentó Leonor de Urrea a su esposo.

—Tú eres aragonesa, ¿crees que eso será un impedimento para que lo acepten en Cataluña? Los aragoneses lo han jurado como rey, ¿por qué va a ser distinto en el caso de los catalanes? —preguntó Pablo Losantos.

—Desde hace siglos la Corona de Aragón ha sido regida por monarcas nacidos en estas tierras y todos los soberanos anteriores han hablado sus lenguas. Pero cuando murió, sin dejar heredero, don Martín el Humano, las cosas cambiaron. Este fue el último monarca de la familia de los Aragón, y en la villa de Caspe se decidió nombrar rey de toda la Corona a un Trastámara, un infante castellano como era don Fernando de Antequera. Esa familia, los Trastámaras, ya no era de aquí, y surgieron algunos problemas en Cataluña. Don Juan, el padre del católico rey don Fernando, tuvo que sofocar una rebelión que pudo haberle costado el trono. El propio don Fernando nunca fue bien querido por los aragoneses ni por los catalanes; y ahora tienen aquí a su nieto, un flamenco que no conoce ni su lengua ni sus costumbres.

—Mujer, sabes mucho de la historia de esta tierra.

—Mi padre procuraba que a los hermanos nos leyeran todas las noches varias páginas de un libro en el que se contaba la historia de los reyes de Aragón.

—Don Carlos es más que un rey; pronto será emperador, el hombre más poderoso de Europa; posee casi la mitad de este continente y es señor de las Indias Occidentales. No hay nadie con más títulos ni más gloria que él. Don

Carlos tiene ahora el tiempo en sus manos, y pronto también tendrá en ellas el mundo. —Pablo Losantos cambió de tema, y acarició el abultado vientre de su esposa—. ¿Cómo sigue nuestro hijo?

—Se mueve mucho; va a ser un chico muy activo.

—¿Cómo sabes que será un varón?

—Lo sé; una madre intuye esas cosas.

—¡Vamos, vamos!, salimos hacia Barcelona de inmediato. El rey ya ha dado la orden de partir... —La llegada de Pedro Losantos interrumpió la conversación de los dos esposos.

La comitiva real arrancó a indicación de un caballero vestido con traje de gala y tocado con cimera con plumas de gallo y un gallardete con los emblemas del linaje del rey Carlos, una amalgama de blasones de la casa de Austria, de Castilla y León y de la Corona de Aragón. Desde los tiempos de Carlomagno, ningún soberano de la cristiandad había sumado tantos títulos y honores: rey de Castilla y de León, rey de Aragón, de Valencia, de Mallorca, de Nápoles, de Cerdeña, de Sicilia, señor de los Países Bajos, de Borgoña, conde de Barcelona..., incluso rey de Jerusalén rezaba en alguna de sus intituciones, y pronto también emperador de Alemania.

Hasta Valdoncella habían acudido a recibirlo los *conseillers* de Barcelona, vestidos con sus trajes y sus gorros de gala, precedidos por dos heraldos con las banderas de la ciudad: una con la cruz roja de san Jorge sobre fondo blanco y otra un estandarte con la imagen de santa Eulalia, la muchacha cuya memoria era venerada en Barcelona como la primera mártir cristiana de la ciudad en los tiempos de las persecuciones de los paganos romanos contra los cristianos.

La entrada en Barcelona, cerca ya de la hora del cre-

púsculo, estuvo acompañada de fuegos de artificio que estallaron en el cielo como coloridos destellos de miles de efímeras estrellas.

—Magníficas esas luminarias —le comentó Pablo Losantos a su esposa. Ambos viajaban en una carreta en la zona media de la comitiva real con el resto de los médicos, secretarios y tesoreros, justo delante de los servidores, criados y muleros.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Leonor de Urrea señalando al cielo.

—Con la misma pólvora con la que se cargan los cañones y los arcabuces, pero sin balas ni metralla. Es un invento de los chinos, que la usaban precisamente solo para este tipo de festejos hasta que los mongoles comenzaron a utilizarla en la guerra. Mercaderes genoveses y venecianos la trajeron a Europa, y desde entonces no hay muralla que se resista a un bombardeo con balas disparadas con la fuerza de la pólvora. Mira esos sólidos muros de piedra —le dijo Pablo a su esposa señalando un sector de las murallas de Barcelona que enmarcaban la puerta del Ángel—, pues a pesar de su grosor y su dureza, no podrían soportar un bombardeo con pólvora.

—Es terrible —se asustó Leonor.

—Así es ahora la guerra.

—Hijo —Pedro Losantos se acercó a los dos esposos aprovechando que la cabecera de la comitiva se había detenido ante la puerta del Ángel, donde el *conseller en cap* de Barcelona estaba dando la bienvenida a la ciudad a Carlos de Austria—, esta noche nos aposentaremos en una fonda del Arrabal, junto a la iglesia de Jerusalén.

—¿Dónde está eso? —preguntó Pablo.

—Al otro lado de la ciudad; en la margen derecha de aquella vaguada —Pedro señaló un amplio corredor formado por una riera seca que dividía Barcelona en dos partes desde hacía al menos cuatro siglos.